

## ENSAYO

### SOMOZA, SANDINO Y ESTADOS UNIDOS: LO QUE EL PASADO ENSEÑA. . . Y DEJA DE ENSEÑAR\*

Mark Falcoff\*\*

Pocos temas de política internacional han estado tan abonados para el cultivo de las mistificaciones ideológicas y los análisis tendenciosos como el de Nicaragua. El fenómeno también entronca con los profundos sentimientos de culpa existentes en vastos sectores de opinión pública norteamericana, a raíz del curso que observaron las relaciones entre Washington y Managua durante este siglo. Probablemente tales sentimientos fueron los que condujeron a la diplomacia norteamericana a un franco inmovilismo en las últimas etapas del conflicto nicaragüense.

La instalación y conducta del gobierno sandinista deja diversas lecciones políticas y diplomáticas, pero sólo a condición de que puedan ser asimiladas en el contexto de un análisis objetivo y esclarecedor acerca de lo que efectivamente ocurrió. Tal es el intento del siguiente artículo. De otro modo, las presuntas lecciones no servirán sino para incurrir en nuevos errores. Nada garantiza que la experiencia nicaragüense no vuelva a repetirse.

El surgimiento en Nicaragua de un régimen hostil a los Estados Unidos y aliado con Cuba y la Unión Soviética obligó a muchos norteamericanos a volver sobre sus libros de historia. Dicho ejercicio, sin embargo, puede ser motivado —y de hecho lo es— por dos propósitos bien distintos. Uno podría tener la esperanza, por ejemplo,

\* Traducido con la debida autorización de la revista *This World*, N° 6, otoño 1983, editada por The Institute for Educational Affairs, New York City.

\*\* Investigador del Center for Hemispheric Studies, American Enterprise Institute for Public Policy Research. Consejero de la Comisión Kissinger para Centroamérica. Ph. D. en Ciencia Política, Universidad de Princeton.

de aprender de los errores del pasado con el objetivo de prevenir el futuro surgimiento de "otras Nicaraguas". El alcance de dicho esfuerzo es ciertamente vasto y concede un amplio espacio para todo tipo de honestas diferencias de opinión precisamente en relación a dónde la política de los Estados Unidos se salió de curso, y lo que podría haberse hecho para volver a enriarla. En este sentido, nadie podrá dudar de que una cuidadosa y desapasionada revisión de las relaciones norteamericano-nicaragüense en el último medio siglo es tarea necesaria.

El otro "curso de estudio", sin embargo, es bastante diferente, tanto en espíritu como en sustancia. Su efecto, acaso no su propósito, es excusar la conducta del actual régimen revolucionario de Nicaragua como una reacción plenamente justificada frente a la política norteamericana pretérita respecto de esa nación. Parte de lo que se ha escrito bajo esa rúbrica intenta pasar por historia, cuando, en realidad, no es otra cosa que la manipulación de acontecimientos (o pseudoacontecimientos) del pasado en nombre de algunas agendas sumamente actuales. Fragmentos de este tipo de enfoque pueden ser hallados en las declaraciones de ciertos comités políticos académicos, en los editoriales de la prensa social y religiosa e, incluso, en las declaraciones de algunos miembros del Congreso de los Estados Unidos. Esta línea de argumentación fue planteada en su forma más pura, sin embargo, por Richard Fagen en la revista *Foreign Policy*:

"En 1912, después de transcurridos tres años de intentos frustrados de Washington para estabilizar Nicaragua a través de medios políticos y diplomáticos. . . se procedió al desembarco de infantes de marina norteamericanos. Estaban en juego los voluminosos empréstitos de acreedores estadounidenses y europeos. . . y también la posibilidad de adquirir derechos de construcción de un canal en el sur de Nicaragua. . .

Sólo en 1933 fueron retiradas las tropas de ocupación, dejando en su lugar la Guardia Nacional, creada por los Estados Unidos y encabezada por el general Anastasio Somoza García. Durante los siguientes 46 años, la familia Somoza no entregó jamás el control directo de la Guardia, y en escasas oportunidades cedió la presidencia. . .

Somoza padre gobernó Nicaragua en calidad de feudo personal, con la Guardia como su ejército personal y ejecutor de sus órdenes, recibiendo el sostenido apoyo y la aprobación de los Estados Unidos.

La dinastía fue bienvenida en Washington desde un comienzo, por ser considerada un sólido pilar de fuerza pro-norteamericana y anticomunista en un área de otro modo sujeto a todo tipo de problemas. . . Hasta comienzos de 1970, y al alero de todas las administraciones norteamericanas, republicanas o democráticas, la alianza entre Washington y Managua parecía inamovible. . .

La identificación de los intereses de Washington con el sostenido control de los Somoza fue tan estrecha, sin embargo, que pocas cosas cambiaron realmente. . . hasta el advenimiento de la administración Cárter.

Asimismo, la nueva administración también temía a cualquier alternativa a Somoza que no fuera firmemente controlada por lo más conservador de las fuerzas antisomocistas. Entretanto, los poderosos amigos que mantenía Somoza en el Congreso norteamericano y en otras fuentes de poder hicieron todo lo que estaba en sus manos —en nombre del anticomunismo y de la estabilidad hemisférica— para garantizar que continuaría la política de cuatro décadas de apoyo norteamericano a la dinastía".

Difícil resulta concebir una acusación más inmisericorde, ya que no salva a ningún presidente norteamericano desde William Howard Taft en adelante e incluye expresamente a Jimmy Carter. Cabe reconocer que éste es el modo como muchos nicaragüenses —en absoluto todos ellos sandinistas— contemplan la historia de su país. Sin embargo, y en cuanto a los Estados Unidos concierne, resulta una visión bastante falsa. Los hechos son como sigue: la intervención de los Estados Unidos en 1912 no se vio inspirada en lo principal por los motivos señalados; Somoza no gobernó con "el sostenido apoyo y aprobación de los Estados Unidos"; la dinastía no fue bienvenida por Washington "desde un comienzo. . . como sólido pilar de la fuerza pro-norteamericana y anticomunista", y la administración Cárter no insistió en restringir las alternativas a Somoza a "lo más conservador de las fuerzas antisomocistas", salvo, por supuesto, que uno elija caratular a todo aquel que no es marxista como conservador, más bien un conservador extremo.

Lo que Fagen oculta a sus lectores de modo más bien solapado —y lo que muchos de aquellos que repiten en forma más o menos aguada su planteamiento simplemente desconocen— son las dinámicas altamente complejas de la política nicaragüense. Ello nos previene de llegar a la conclusión de que característicamente apabulla a todo aquel que se molesta con analizar el asunto: el que el problema de ese país no ha sido tanto el poder norteamericano como justamente la falta de ese poder; la incapacidad norteamericana de influir los acontecimientos allí de acuerdo con los valores y preferencias norteamericanos. Pues, aun si se ha pagado debido tributo al nacionalismo nicaragüense y su derecho de autodeterminación, todavía sigue siendo verdad que si Washington hubiera sido capaz de controlar plenamente su "alianza" putativa con Managua, la historia política de Nicaragua habría sido considerablemente más feliz, al menos para la inmensa mayoría de su pueblo, aun cuando no precisamente para la particular secta política que aprueba Fagen.

En el contexto actual, la historia de las relaciones norteamericano-nicaragüenses es más que materia de mero interés académico.

La razón es bastante simple. Muchos países son capaces de formular y ejecutar una política exterior sin excesiva referencia a su conciencia nacional. Los Estados Unidos, sin embargo, no son uno de ellos. Si los norteamericanos concluyen que han infligido daño a un pueblo pequeño e indefenso, invariablemente proceden a preguntarse: "¿Quiénes somos nosotros para criticar el modo como sus actuales líderes intentan arreglar las cosas?" y hasta "Simplemente estamos recibiendo nuestro merecido". La historia, de este modo usada o abusada, conduce a la culpa y la culpa engendra inmovilismo. Este es el motivo por el cual algunos comentaristas estadounidenses hacen reiteradas referencias al pasado —o a lo que piensan fue el pasado— al momento de analizar la cuestión de las actuales relaciones entre el país centroamericano y Washington. Es éste también el motivo por el cual poner las cosas en su debido lugar resulta tanto un asunto de política pública como de aseo moral deméstico.

### Canales y Acreedores

El interés norteamericano en Nicaragua se vio dominado en el siglo diecinueve por un particular factor geográfico —la existencia de un gran lago volcánico que cubre aproximadamente una cuarta parte de la superficie total del país— y que tornaba a Nicaragua en el sitio más lógico para la construcción de un canal a través del istmo centroamericano. Una corta incisión en el terreno que separaba el lago del Pacífico, al oeste, y otra excavación más larga y que combinara con el río San Juan al este, para desembocar en el puerto de Greytown, habrían producido una ruta interoceánica, a un costo presumiblemente mucho menor que en cualquier otra parte del istmo, dado que en todas partes las exigencias de excavación habrían regido para toda la extensión del canal. Más aún, ya mucho antes que estuvieran finalmente disponibles la tecnología y los capitales necesarios para producir el milagro, operaba a través de Nicaragua un servicio de navegación y de pasajeros, que constaba de la combinación de vapores y diligencias y que estaba al mando del comodoro Cornelius Vanderbilt.

El experimento de Vanderbilt fue de corto aliento: iniciado en 1851, fue destruido en 1855 por una salida del río San Juan. Al año siguiente fue reemplazado por el ferrocarril de Panamá. La idea de construir un canal a través de Nicaragua persistió, sin embargo, hasta los primeros años del siglo actual. Una comisión creada por el Congreso norteamericano informó en 1897 que era técnicamente factible, y el presidente McKinley incluso recomendó su construcción en su mensaje anual al Congreso de 1898. Por motivos ajenos a este análisis, el Congreso decidió en 1902 construir el canal en Panamá. Las obras se iniciaron en 1904 y la vía entró en operaciones diez años más tarde. Así, cuando los infantes de marina desembarcaron por primera vez en Nicaragua en 1912, ya se había resuelto la cuestión de la vía interoceánica, en otra parte.

Con la nueva ruta en plena operación en Panamá,<sup>1</sup> la política norteamericana hacia Nicaragua se tornó virtualmente indistinguible de la practicada hacia otras naciones de la región, es decir, residió en promover la estabilidad y solvencia básicas de los gobiernos de esas naciones. Carentes de ambas, los pequeños países (y, en consecuencia, el acceso al canal mismo) podían caer en manos de potencias hostiles. Se descartó la anexión abierta, pero —tal como se había demostrado recientemente en China y África— había otros modos a través de los cuales las potencias de Europa podían establecer presencias navales y estratégicas —para no mencionar las comerciales— sin todas las apariencias del colonialismo formal.

En este sentido, la vida política interna de América central (y de Haití y la República Dominicana en el Caribe) ofrecía buenas razones para preocuparse. Los constantes estallidos revolucionarios amenazaban la vida y la propiedad de los residentes europeos, cuyas marinas de guerra estaban habituadas a recuperar monetariamente las pérdidas de un modo extraordinariamente enérgico. En cierta ocasión, cañoneras alemanas incluso amenazaron con destruir todo un complejo de edificios gubernamentales en la capital haitiana de Port-au-Prince si no se reunían en cosa de horas treinta mil dólares. La inestabilidad política también provocaba serias interrupciones en la vida económica, haciéndole a los diversos estados imposible cumplir con el pago de sus deudas externas. El incumplimiento constituía una invitación abierta para que los acreedores europeos procedieran a ocupar las bodegas de aduana y las instalaciones portuarias, como prólogo —temían muchos norteamericanos y también centroamericanos— de una presencia política más permanente.

Vemos, entonces, que en el corazón de los problemas internacionales de la región radicaba un atraso económico tanto como político, reforzándose mutuamente ambos factores. La vida pública en esas naciones era, en apariencia, una competencia entre los partidos "liberal" y "conservador"; en realidad, sin embargo, era un constante conflicto entre clanes, familias y los partidarios de éstas, organizados de acuerdo a costumbres regionales o provinciales. Dado que los recursos en juego eran tan escasos, la lucha adquiría un carácter tal que no se daba ni se pedía cuartel. En verdad, ningún partido gobernante podía darse el lujo de perder una elección, de modo que, inversamente, su opositor no tenía otra alternativa que la prueba te-

1 Es verdad que bajo el Tratado Bryan-Chamorro (1916), Nicaragua cedió a los Estados Unidos (entre otras cosas) una opción para un canal interoceánico. Claro que nunca se construyó y Washington probablemente nunca pensó en construirlo. La estipulación formó parte de un paquete de concesiones destinadas a persuadir al Senado norteamericano para que aprobara un entonces controvertido préstamo de emergencia por valor de 3 millones de dólares, destinado a salvar al quebrado Estado nicaragüense de las presiones de sus acreedores británicos.

rrible de la guerra civil. "Demasiadas veces se echaba mano de salvajes represalias cuando se accedía al poder", escribió el diplomático e historiador Dana C. Munro. "Las crueldades practicadas en las personas de los oponentes políticos engendraban odios de facciones que pasaban de padres a hijos y que ayudaban a mantener vivo el espíritu revolucionario."

Los archivos del Departamento de Estado, y también la correspondencia publicada que se halla en sucesivos volúmenes de *Foreign Relations of the United States* para los años 1898 hasta alrededor de 1914, dejan en claro y por sobre toda duda que los gobiernos norteamericanos estuvieron obsesionados con la búsqueda de instrumentos políticos capaces de romper este círculo vicioso que emponzoñaba América central y el área del Caribe. Se probaron todo tipo de mecanismos: "intervención preventiva" al alero del corolario Roosevelt a la Doctrina Monroe, sindicaturas de aduanas, reembolso de deudas. Después de la primera guerra mundial, el énfasis se trasladó hacia el no-reconocimiento de gobiernos que habían accedido al poder por la fuerza y hacia un intento de reemplazar a los ejércitos privados o de partidos por una policía independiente.

Innecesario resulta señalar que ninguno de estos medios podía ser del agrado de los gobiernos afectados. Tampoco fueron particularmente efectivos, al menos en el mediano y largo plazos. Pero no estuvieron únicamente inspirados en motivos sórdidos o egoístas. Los Estados Unidos no desembarcaron tropas u ocuparon aduanas con el solo fin de proteger a sus inversionistas y banqueros por el muy simple motivo de que antes de 1914 la presencia económica norteamericana en el área (a excepción de Cuba) era insignificante y porque los principales acreedores de dichas naciones seguían siendo los países europeos. Indudablemente, tales consideraciones existieron en estado embrionario, pero no alcanzaron verdadera significación, concluye Munro, "si se las compara con el deseo de aventar la amenaza de que el desorden podría invitar a la intervención europea".

### La Era de la Intervención: 1912-1933

Nicaragua se constituyó en un ejemplo particularmente notable del fracaso de la política estadounidense en alcanzar los objetivos anunciados, y del distanciamiento entre los medios y los fines en un grado considerablemente mayor de lo que la proporción y el sentido común parecían recomendar. Así y todo, la intervención militar norteamericana en Nicaragua debe ser dividida conceptualmente en dos períodos señaladamente distintos. El primero comenzó en 1912, cuando se procedió al desembarco de infantes de marina con el objetivo de estabilizar a un país convulsionado por los enfrentamientos civiles (procediendo, en este contexto, a fortalecer al gobernante régimen conservador, que era impopular y probadamente no-representativo, aun en el marco de los estrechos términos

de aquellos días). Este período concluye en 1927, con la Paz de Tipitapa, cuando los Estados Unidos, a través de la persona de su Secretario de Guerra, Henry Stimson, negociaron una tregua entre los caudillos político-militares conservadores y liberales.

Ambas fechas representan los extremos opuestos de una curva de aprendizaje para los políticos y diplomáticos norteamericanos. En un comienzo, todo arreglo se basaba siempre en el empleo de la fuerza. Pero ya en 1927 ciertas realidades de la vida nicaragüense lograron saltar al primer plano, alentando un serio esfuerzo para encargar aquello que en la actualidad se llamaría causas "estructurales" de la inestabilidad. La primera de dichas realidades era que el Partido Liberal, supuestamente menos amistoso hacia los Estados Unidos que el Conservador, no podía permanecer constantemente alejado del poder. Segundo, dado que ningún partido derrotado podría jamás aceptar el resultado de elecciones falsificadas, los infantes de marina tendrían que quedarse por varios años a fin de asegurar la integridad de las elecciones. Y, finalmente, como ningún gobierno victorioso podía liberarse de un desafío armado de parte de sus rivales derrotados, habría que desarticular y desarmar a las fuerzas militares y paramilitares privadas. En su lugar, los infantes de marina entrenarían a una fuerza policial no-partidista, destinada a preservar el orden público una vez que partiera la fuerza expedicionaria norteamericana. En efecto, los Estados Unidos propusieron otorgarle a Nicaragua el ejército nacional que nunca había poseído.

Entre 1927 y 1933 los Estados Unidos intentaron poner en práctica estas lecciones tan arduamente aprendidas. El proceso resultó ser tan irritante y desgastador que incluso si la Depresión no hubiera intervenido para obligar a Washington a proceder a una drástica reducción de sus compromisos de ultramar, ya en 1933 los Estados Unidos con toda probabilidad habrían estado aprontándose para retirar sus tropas de Nicaragua de todas maneras. Uno de los mayores problemas surgidos fue que elementos disidentes del Partido Liberal se negaron a reconocer la Paz de Tipitapa. Encabezados por el general Augusto C. Sandino, retuvieron sus armas para iniciar una campaña guerrillera contra las fuerzas norteamericanas y nicaragüenses que habría de extenderse por seis años. Si bien el movimiento de Sandino se concentró mayoritariamente en los contrafuertes montañosos de Nueva Segovia, en el sector noroccidental del país, en diversas ocasiones logró asolar ciudades claves, incluyendo, hacia el final de la campaña, a la propia capital, Managua.

Sandino constituye actualmente una figura omnipresente en Nicaragua y su mirada inmutable observa el acontecer diario de ese país desde innumerables muros mientras abundan los que pretenden hablar en nombre suyo. Pero su verdadera identidad permanece velada por los mitos y los malentendidos. La administración del presidente Coolidge reiteradamente aludió a él y a sus seguidores como "bandidos", cosa a todas luces falsa. Pero Sandino no fue ni el revolucionario social marxista pintado por el Secretario de Estado norte-

americano Frank Kellogg, imagen restituida muchos años más tarde por un gobierno nicaragüense que ostenta su nombre en lo que constituye una paradójal coincidencia de necesidades. Sandino, en realidad, fue antes que nada un aventurero, un líder nato y un hábil político nicaragüense muy dado a la teatralidad en relación a su figura. Pero también fue lo que muchas veces afirmaba de sí mismo, un hombre de principios, obligado a defender a su país contra aquello que consideraba una humillación de su soberanía nacional. Desde un comienzo prometió deponer las armas en el preciso instante en que abandonara Nicaragua el último infante de marina norteamericano, y cumplió con su palabra. Más significativo todavía, Sandino se negó a ser usado por fuerzas extrañas a su causa. Así, si bien durante un tiempo hacia fines de la década de 1920 recibió apoyo retórico y algo de material de los partidos comunistas norteamericano y mexicano, rehusó consecuentemente seguir los dictados de Moscú e incluso negó la necesidad de una revolución social para Nicaragua. Esto lo condujo también a cortar sus vínculos personales y políticos con Farabundo Martí, un comunista salvadoreño que durante un tiempo sirvió como enviado del Comintern ante las fuerzas sandinistas.

Si bien Sandino sólo "ganó" algunos pocos de sus choques con los infantes de marina norteamericanos, sus constantes tácticas de "ataca y huye" lograron encarecer enormemente la política de pacificación norteamericana en Nicaragua, tanto en sangre como en fondos, y también en relación a la opinión pública latinoamericana y norteamericana interna. Esto tornó tanto más urgente la formación de una fuerza militar profesional en Nicaragua para reemplazar a los infantes de marina, aunque en esto residía el otro gran problema. Pues ninguno de los dos partidos nicaragüenses estaba particularmente interesado en tener a una guardia o policía nacional por sobre la política, en caso de que tal cosa fuera realmente posible. Washington eventualmente también admitió esta realidad, procediendo a aceptar un cuerpo de oficiales bipartidista en la esperanza de aventar lo que temía —y que pronto llegó a ocurrir— que era la existencia de una fuerza comandada por los políticos del partido en el poder.

La Guardia Nacional de Nicaragua fue así organizada bajo la doble presión del tiempo y de las circunstancias. En un comienzo, la fuerza de infantes fue comandada por oficiales norteamericanos, aunque ya en 1931 y 1932 la mayor parte de esos oficiales había sido reemplazada por otros nicaragüenses, formados a toda prisa en la recientemente creada Academia Militar La Loma. Dado que la mayor parte de la tropa había sido reclutada en la clase baja de Nicaragua, se descartó el entrenamiento de los efectivos para ascender a las filas de la oficialidad. Los candidatos a oficiales salieron de las clases superiores de la civilidad, lo que convirtió su adoctrinamiento en el apoliticismo en un ejercicio francamente quijotesco.

La desesperada búsqueda de profesionales confiables para co-



mandar la Guardia condujo a los norteamericanos hasta la persona de Anastasio Somoza. Político y general del Partido Liberal, Somoza se había formado en una escuela comercial en los Estados Unidos, y si bien era de origen social insignificante, se las había arreglado para desposar a la hija de una aristocrática familia nicaragüense. Durante la década de 1920 sirvió como cónsul en Costa Rica, como Viceministro de Relaciones Exteriores y, finalmente, Ministro de Asuntos Exteriores. Durante la última fase de la ocupación de los infantes de marina fue nombrado director en jefe de la Guardia Nacional. "Este último nombramiento se debió en parte al respaldo del embajador norteamericano en Nicaragua", escribió Neill Macaulay en *The Sandino Affair*. "El representante norteamericano y su esposa estaban absolutamente impresionados por el dominio de Somoza del idioma norteamericano y se vieron cautivados por su personalidad efervescente". Y en una acida nota a modo de epílogo agregó: "La Sra. Hanna (esposa del embajador) consideraba a Somoza un seductor bailarín de tango y rumba". Somoza era también, sin embargo, un experimentado y disciplinado funcionario público que trabajaba horas extraordinarias, mantenía escrupulosamente sus compromisos y en general impresionaba a los norteamericanos con su capacidad de trabajo y su seria atención a todos los detalles de una cuestión. La decisión de designarlo director de la Guardia Nacional no carecía en absoluto de lógica.

### Sandino, Sacasa, Somoza

Cuando el último infante de marina norteamericano abandonó Nicaragua en 1933, pronto volvieron a aflorar las realidades ocultas de la política nicaragüense, barriendo prontamente lo que de legado positivo había dejado la presencia estadounidense. Las cosas habían comenzado bastante bien: las elecciones de 1932 (al igual de las de 1928), supervisadas por los infantes de marina, fueron las más libres y limpias de la historia de Nicaragua. A poco correr de su asunción del mando, el día de Año Nuevo de 1933, el presidente Juan Sacasa recibió a Sandino en Managua a fin de elaborar los detalles de un acuerdo de paz. Sandino aceptó "respaldar moralmente" la gestión de Sacasa, a cambio de lo cual se le permitió mantener un limitado remanente de su ejército privado, y a sus seguidores se les garantizaron empleos preferenciales en futuros proyectos de obras públicas. Enseguida se produjo el desbande del grueso de los hombres de Sandino y el propio general rebelde retornó a su hogar de Nueva Segovia.

Casi inmediatamente quedó de manifiesto que el general Somoza y la Guardia Nacional constituían un nuevo tipo de amenaza para el orden y la paz en Nicaragua. Las relaciones entre Somoza y Sandino —que nunca habían sido buenas— rápidamente se deterioraron en la medida en que unidades de la Guardia comenzaron a acosar a los ex seguidores del líder guerrillero. Y ya en noviembre

de 1933 la legación norteamericana en Managua comenzó a recibir información relativa a que Somoza proyectaba un golpe de estado para deponer a Sacasa. En febrero de 1934, Sandino viajó a la capital, Managua, para discutir sus diferencias tanto con el gobierno como con la Guardia; algunos días después fue brutalmente asesinado por esbirros de Somoza, luego de retirarse de una cena con el presidente Sacasa en la residencia gubernativa. Dos años más tarde Somoza depuso a Sacasa y se designó presidente.

Nadie podría discutir que esta secuela de hechos nunca se habría suscitado en Nicaragua sin la intervención norteamericana de 1912. Por otra parte, la historia también es clara respecto de lo siguiente: no hubo relación directa entre los Estados Unidos y el asesinato de Sandino, el derrocamiento de Sacasa e incluso la creación de la dictadura de Somoza. Ninguno de estos acontecimientos figuraba en los planes o políticas norteamericanos y tampoco —lo que es aún más importante— fueron recibidos por el Departamento de Estado con beneplácito o siquiera aprobación tácita. Lo que es cierto es que comenzando con el asesinato de Sandino, Somoza (y más tarde sus hijos y herederos políticos) habitualmente presentaban sus acciones como teniendo previa aprobación norteamericana. Por diversos motivos, tanto los partidarios como los opositores del régimen creyeron conveniente aceptar esta explicación y ambas partes la propagaron incesantemente y bajo diversas formas durante cuatro décadas.

Lo que muchos nicaragüenses dejaron de percibir —y lo que Somoza rápidamente aprendió a explotar— fue un decidido cambio en la política norteamericana exactamente en el momento en que se suscitaban estos acontecimientos. Después de transcurrido un largo período, Washington comenzó gradualmente a reconocer que la democracia constitucional del tipo anglosajón no era exportable a Nicaragua, así como tampoco a Haití, República Dominicana o México. También, que los intentos destinados a imponer la democracia constitucional en los países tropicales eran tanto costosos como contraproducentes. El despotismo y los regímenes militares parecían los frutos inevitables del entorno caribeño y, razonaron los funcionarios norteamericanos, lo mejor sería no insistir más en intentar contravenir la experiencia de la historia. Tal como confidenció a un amigo poco antes de dar término a su misión el embajador norteamericano en Nicaragua en los años 1934-1935:

"Los que crearon la G. N. (Guardia Nacional) carecían de una adecuada comprensión de la gente allí. En caso contrario, no habrían legado a Nicaragua un instrumento con el cual se podía borrar del mapa todo procedimiento constitucional. ¿Acaso los hombres prominentes que crearon la G. N. no se acordaron jamás de que la ambición personal acecha en el pecho de los hombres, incluso en Nicaragua? En mi opinión, este caso constituye uno de los más lamentables ejemplos por nuestra

parte de la incapacidad norteamericana para comprender que no debemos intervenir en los asuntos de otros pueblos."

Desde luego era mucho más fácil llegar a tales conclusiones en 1935 que en 1912 cuando se poseía el conocimiento entregado por la experiencia y se sabía de los cambios ocurridos en materia económica y poder naval en la región. Después de la primera guerra mundial, había virtualmente desaparecido la amenaza de una intervención europea en el Caribe, y la inestabilidad política —lejos de ser, como alguna vez había sido, un problema "internacional"— podía ahora ser considerada simplemente como un asunto local. Somoza no era una mejoría en relación a aquello que los Estados Unidos habían perseguido reemplazar, pero al momento de tomar éste el poder, Washington había abandonado virtualmente sus intentos de reformar a los nicaragüenses. Habiendo luchado tan tenazmente por distanciarse de la rutina de la intervención, los Estados Unidos —asolados por los múltiples problemas acarreados por la Depresión— no estaban dispuestos a volver sobre ella.

Somoza también se benefició indirectamente de un cambio más vasto de la política norteamericana hacia los regímenes revolucionarios, o, más precisamente, hacia los gobiernos surgidos del empleo extraconstitucional de la fuerza. Hasta antes de alrededor de 1930, Washington había intentado desalentar los cambios políticos violentos en el área mediante el recurso de no otorgar reconocimiento a los regímenes de facto. En 1907, y nuevamente en 1923, incluso había auspiciado tratados —rubricados por todos los gobiernos de América central— con dicho efecto.

Con el tiempo quedó de manifiesto que el empleo punitivo del reconocimiento diplomático colocaba a los Estados Unidos en un callejón sin salida. Tal como lo dice el historiador William Kamman, "Washington tenía algo más que hacer que simplemente averiguar cuál gobierno ejercía realmente el control; debía determinar, más bien, la legitimidad de dicho gobierno". Ello significaba, forzosamente, que si los únicos gobiernos dignos de reconocimiento eran aquellos salidos de las urnas, para poder mantener relaciones diplomáticas con muchas repúblicas centroamericanas había que empezar por asegurar primero la celebración de elecciones. Ello condujo a casi intermitentes intervenciones militares, con todas sus lamentables consecuencias. También provocó mucho resentimiento nacionalista en toda la América latina, donde a los Estados Unidos no se les concedía el derecho de determinar la forma apropiada de cambio político en cada uno de sus países.

En este punto fueron los mexicanos quienes demostraron especial vehemencia, y en 1930 el Ministro de Relaciones Exteriores de dicho país, Genaro Estrada, llegó al extremo de calificar el otorgamiento del reconocimiento diplomático como una "práctica insultante". De acuerdo a lo que fue conocido como Doctrina Estrada, sólo se podía reconocer estados; cuando accedía al poder un nuevo

gobierno —por los medios que fuera— su bona fides no estaba sujeto a los juicios valorativos de terceros. Desde luego que los mexicanos temían presente su propia revolución de 1910, muy diferente de los levantamientos en Nicaragua, dado que se proyectaba mucho más allá de un cambio periódico en las fortunas de élites en competencia. Esa revolución había barrido todo un contingente de instituciones sociales y económicas y en su transcurso infligió serio perjuicio —tanto físico como legal— a la propiedad e inversiones extranjeras, en su mayor parte posesión de ciudadanos norteamericanos. Durante casi una década Washington intentó influir sobre los acontecimientos mexicanos concediendo o negando el reconocimiento oficial a los diversos gobiernos que sucedieron al dictador Porfirio Díaz. Extrapolando de su propia (y más bien exclusiva) experiencia, los mexicanos declararon el empleo condicionado del reconocimiento diplomático una ofensa a la soberanía y al derecho de los pueblos más débiles de autodeterminarse.

Otras naciones latinoamericanas recogieron el asunto y éste pronto se convirtió en parte de un paquete de demandas de "no-intervención" planteadas a los Estados Unidos durante la Conferencia Pan Americana de La Habana, celebrada en 1928, y que constituyó la primera ocasión en que los delegados estadounidenses se vieron obligados a enfrentar una oposición seria y unida. Lo ocurrido durante dicha conferencia precipitó a los altos funcionarios del Departamento de Estado en un estado de ánimo de sobria reevaluación y durante los siguientes cuatro o cinco años hubo una gradual reconsideración de la política norteamericana. Los hechos recibieron también el impacto acelerador de la Gran Depresión, que repentinamente tornó a los Estados Unidos más atentos a la imagen que proyectaban en la América latina, cuyos mercados —opinaban algunos planificadores de la era del New Deal— representaban la clave para la recuperación económica norteamericana.

Sea como fuere, tanto bajo la administración Hoover como bajo la de Roosevelt se produjo un giro gradual generalmente asociado con la Política del Buen Vecino. Los infantes de marina no fueron retirados sólo de Nicaragua, sino que también de Haití, y durante la conferencia de estados americanos celebrada en 1933 en Montevideo, y, sobre todo, durante la Conferencia de Buenos Aires, de 1936, los Estados Unidos renunciaron definitivamente a la intervención como un instrumento de sus relaciones con otros estados americanos.

Entretanto, en 1934 las naciones centroamericanas abandonaron desaprensivamente los compromisos adquiridos bajo el acuerdo de 1923 y suscribieron la Doctrina Estrada. Entre las conferencias de Montevideo y de Buenos Aires, los Estados Unidos imitaron el ejemplo; dadas las circunstancias, no tenían otra opción. Sin embargo, en algunas oficinas del Departamento de Estado siguieron prevaleciendo serias dudas. Un funcionario señaló, por ejemplo, que aun si el no-reconocimiento no había tenido éxito en cuanto a prevenir

revoluciones, el reconocimiento incondicional indudablemente las alentaría. También reforzaría la tentación de respaldar a "cualquier hombre fuerte que surgiera", con el consiguiente riesgo de identificar demasiado estrechamente a los Estados Unidos con un tirano susceptible de ser derrocado. Hacia 1935 ó 1936 tales aprensiones fueron barridas por otras consideraciones. Los Estados Unidos firmaron los acuerdos de Buenos Aires, aceptaron tácitamente la Doctrina Estrada, lograron la aprobación de periodistas y estadistas "liberales" latinoamericanos y fortalecieron indirectamente a los regímenes encabezados por hombres-fuertes, como aquel que surgía en Nicaragua.

### Monopolizando la Corrupción

Somoza tomó la presidencia de Nicaragua en 1936 y permaneció en el cargo a través de sucesivas "elecciones" en 1939 y 1947. Acababa de aceptar la nominación de su partido para todavía otro período presidencial cuando cayó abatido por una bala asesina, en 1956. Su ejercicio del cargo, de lejos el más dilatado en la historia de Nicaragua, fue posible, en primera instancia, por la Guardia Nacional. A diferencia de los ejércitos liberal y conservador que reemplazó, la Guardia estaba más o menos equipada y profesionalmente organizada, y dado que mantenía el monopolio de la posesión de armas no había en el país fuerza capaz de desafiarla. Tan sólo en este sentido Somoza ya fue el primer presidente "moderno" de Nicaragua. Lo sorprendente y único, sin embargo, fue el modo cómo adaptó las instituciones modernas —creando no sólo una policía profesional, sino que también una administración pública racionalizada, un banco central, obras públicas y desarrollo económico en general— a las particulares necesidades de su dinastía.

El régimen de Somoza podría así clasificarse como estado policial patrimonial, aunque también fue otra cosa: una forma muy peculiar de revolución social. Antes de 1936, los políticos nicara-güenses solían ser caballeros que ostentaban propiedades y refinamiento, reclutados en la clase terrateniente y profesional de las dos principales ciudades provinciales del país, León (para los liberales) y Granada (para los conservadores). Su apreciación de los asuntos políticos y sociales probablemente no fuera más amplia o responsable que la de Somoza, aunque su enfoque de las tareas de gobierno debió ser necesariamente más impersonal. Así, también, y precisamente porque Nicaragua había sido tan inestable antes de 1936, los cargos públicos y diplomáticos habían sido ofrecidos de modo más bien generoso, aunque esporádico. Pero ahora todas las líneas del ascenso político pasaban directamente por una sola mano, las de los familiares de Somoza y las de algunos de sus partidarios. En la medida en que el régimen se consolidó con el paso de las generaciones, absorbió una creciente porción de las gratificaciones del poder, co-

mo sobornos, comisiones confidenciales y concesiones. La corrupción se tornó menos democrática y, por lo tanto, más odiosa.

Eso marcó un cambio; también era muy diferente el hombre con que debían tratar los caudillos de León y de Granada. Grosero y brutal, Somoza poseía una especie de picaro encanto que cautivaba a ciertos admiradores extranjeros, aunque para la clase política más tradicional de Nicaragua representaba el triunfo de lo que llamaban "mala educación". Las personas que trajo consigo al gobierno eran —salvo contadas excepciones— de antecedentes y cualidades personales igualmente faltos de distinción que los de su jefe. Si la legación norteamericana en Managua tenía una visión de algún modo avinagrada de la oposición durante los primeros años de Somoza, ello se debió en parte a que los recuerdos del antiguo sistema estaban todavía muy frescos, y en parte también porque era demasiado difícil evaluar los reclamos de los aristócratas desplazados en debida forma. Esos hombres no aspiraban a restaurar la democracia en Nicaragua, sino meramente a volver a tomar las riendas del poder (que es lo que ellos entendían por democracia). Los Estados Unidos jamás aceptaron las acusaciones de Somoza de que sus opositores eran agentes del nazismo (antes y durante la segunda guerra mundial) o del comunismo (posteriormente). Pero tampoco cabía desembarcar infantes de marina para retornar las cosas al statu quo previo a 1927.

### Distanciamientos y Hechos Afortunados

Durante los veinte años de la dictadura de Somoza padre, las relaciones entre los Estados Unidos y Nicaragua fueron mucho menos cordiales —o incluso consistentes— de lo que podría sugerir el término "Alianza Washington-Managua". Durante el período 1936-1939, por ejemplo, los diplomáticos norteamericanos mantuvieron una discreta distancia del régimen y reiteradamente desecharon su solicitud más frecuente, la de asistencia militar. Lo que cambió sorpresivamente la actitud de Washington fue la segunda guerra mundial. El propio Somoza fue repentinamente invitado a Washington y recibió 1.3 millón de dólares en armamento en calidad de préstamo concesionario. (A cambio, los Estados Unidos obtuvieron derechos temporales para construir una base naval en Corinto.) Sin embargo, una vez finalizado el conflicto, los Estados Unidos significativamente rechazaron la solicitud de Somoza de nuevas asignaciones sobre una base más continuada. Un funcionario del Pentágono manifestó sarcásticamente que la decisión del Departamento de Guerra era no "echar sobre los hombros del país la pesada carga del armamento", agregando gratuitamente que debían "evitarse a toda costa las misiones militares en naciones extranjeras como Nicaragua." Un nuevo intento de Somoza de adquirir armas con dinero en efectivo fue bloqueado por el Departamento de Estado. "Cualquier tipo de armas que podamos enviarle en este momento", rezaba el memo relevante,

"sólo será interpretado por él, el pueblo de Nicaragua y otras repúblicas centroamericanas, como una demostración de total apoyo a sus planes." Esa impresión, agregaba el documento, "no sólo sería errónea, sino que extremadamente embarazosa."

En 1947, cuando Somoza se preparaba para su "reelección", el Secretario de Estado Adjunto, Nelson Rockefeller, llamó al embajador nicaragüense en Washington para informarle del agudo desagrado de la administración Truman, y le advirtió que dicha eventualidad "podría crear dificultades. . . que afectarían seriamente las relaciones entre los dos países." Para demostrar que se hablaba en serio, el Departamento de Estado una vez más bloqueó la venta de armas al régimen e incluso se las arregló para presionar sobre Canadá y Gran Bretaña para que se sumaran al embargo.

Este fue un procedimiento sagaz, pero Somoza fue todavía más sagaz. Se retiró de la carrera presidencial en favor de un candidato títere, el Dr. Leopoldo Arguello, quien fue "elegido" del modo habitual. Somoza, desde luego, mantuvo el control de la Guardia. La oposición de Nicaragua intentó persuadir a los Estados Unidos de que rehusaran reconocer al nuevo gobierno, pero Washington optó por un curso distinto, en parte debido a que el nuevo presidente había asegurado al embajador norteamericano que pensaba correr con colores propios. Una vez en el cargo, Arguello efectivamente realizó un intento concreto de mermar el poder de Somoza. Ambos hombres comenzaron a discutir quién estaba a cargo del país. . . y de la Guardia. El presidente Arguello procedió a exigir la renuncia de Somoza y (en lo que constituyó un acto de increíble atrevimiento) también su salida del país. La respuesta de Somoza fue derrocar a su títere.

Los Estados Unidos, distanciándose abruptamente de su propia reciente adhesión a la Doctrina Estrada, negaron reconocimiento al gobierno somocista. Incluso un burdo intento de Somoza de explotar el anticomunismo (a través de una nueva "constitución" que también facilitaba el acceso norteamericano al establecimiento de bases militares en Nicaragua) no conmovió al Departamento de Estado. Pero Washington alteró su curso algunos meses más tarde, cuando otras naciones del área reconocieron a Somoza o se preparaban para hacerlo y cuando quedó en claro que cualquier sanción que no llegara al extremo de la intervención militar iba a resultar inefectiva. (Por ejemplo, habiéndose negado a venderle aviones de guerra al dictador, los Estados Unidos no pudieron impedir que comprase bombarderos B-24 a Brasil.)

Luego, una vez más, los acontecimientos internacionales convergieron para producir un derretimiento del hielo diplomático entre Somoza y los Estados Unidos. En 1944 una revolución había llevado al poder en Guatemala a una joven generación de oficiales e intelectuales imbuida de ideales vagamente izquierdistas. En 1952, sin embargo, y bajo el mando del presidente Jacobo Arbenz, el principal puntal del régimen guatemalteco llegó a ser la Federación Sin-

dical, comandada por los comunistas. Todavía existe una considerable controversia en relación a la naturaleza exacta de la relación entre el gobierno de Arbenz y el bloque soviético. En ese momento, sin embargo, fue percibido por Washington como una cuña de penetración soviética en el área del Caribe, y comandos de la Agencia Central de Inteligencia, colaborando con exiliados guatemaltecos de derecha, organizaron un golpe de estado que depuso a Arbenz.

Cooperando con la CIA en el problema de Guatemala —al menos en el sentido de servir como conducto de armas para las fuerzas exiliadas— Somoza logró neutralizar en parte la oposición con que contaba al interior del Departamento de Estado. Pero, por otra parte, todavía no lograba obtener la aprobación a sus planes de adquirir armamento pesado en los Estados Unidos; finalmente soslayó el sostenido embargo norteamericano recurriendo a Suecia para la compra de cazas P-51. Cuando comenzó a amenazar a Costa Rica con sus nuevas armas, Washington prontamente despachó aviones navales de la Zona del Canal para convencer a Somoza de que no toleraría su conducta agresiva hacia un vecino democrático, aun si se había mostrado dispuesto a colaborar en lo de Guatemala.

### La Generación Siguierte

Después del asesinato de Somoza en 1956, el régimen entró en una fase cualitativamente diferente. Siguió siendo no-democrático y dinástico, pero se tornó más complejo y hasta más popular, por lo menos en el período previo a 1972. Los dos hijos del dictador abatido, Luis y Anastasio hijo (apodado "Tachito"), se vieron obligados a compartir el poder. Luis fue elegido por el Congreso de Nicaragua para cumplir lo que restaba de período presidencial de su padre, y "reelegido" en 1957. Tachito, que había concurrido a escuelas militares norteamericanas y a la Academia de West Point, asumió el control de la Guardia Nacional.

Dado que los Somoza tenían un concepto muy diferente de cómo desempeñar las tareas que habían heredado, estuvieron continuamente enfrentados hasta la muerte de Luis, en 1967. A partir de ese año, Tachito ejerció el control absoluto sobre el país. A diferencia de su hermano, Luis Somoza fue un hombre con cierta imaginación política, que deseaba para Nicaragua una solución "mexicana" modificada. Los Somoza retendrían y tal vez hasta aumentarían su poder y su riqueza, pero el liderazgo formal del país pasaría a manos de una secuela de presidentes títeres. En 1959, Luis incluso restauró en la Constitución de Nicaragua un antiguo artículo que prohibía el ejercicio consecutivo de períodos presidenciales y también la sucesión del presidente saliente por un pariente del mismo. En 1963 escogió al Dr. René Schick para ser el primero de una nueva serie de ejecutivos en jefe.

Luis también creía en la necesidad de gobernar con una mano menos pesada que la de su padre (o, como mostraría el transcurso



del tiempo, su hermano). Se aflojaron las restricciones a la prensa y a la actividad política de la oposición; se disminuyó la importancia atribuida a los militares nicaragüenses y su presupuesto fue efectivamente reducido. Algunos nuevos programas de desarrollo económico —financiados, ciertamente, con préstamos extranjeros y destinados muchas veces a subsidiar industrias familiares de los Somoza que eran ineficientes— generaron miles de nuevos empleos y en consecuencia ampliaron la base de apoyo del régimen. Esos años también coincidieron con el advenimiento de Castro en Cuba, Bahía de Cochinos y la crisis de los misiles, de modo que además de algunas mejoras marginales dentro de Nicaragua, la administración Kennedy tuvo otras razones más apremiantes para tratar con los Somoza. Fue alrededor de esa fecha que los Estados Unidos iniciaron un vasto programa de asistencia militar a Nicaragua.

Incluso antes del término del período de Schick, sin embargo, quedó totalmente en claro que una forma más impersonal del somocismo estaba destinada sólo al fracaso. Schick intentó controlar a Tachito y a la Guardia mientras pudo; pero a poco correr, se hundió en la impotencia y el alcohol. En 1966 Tachito finalmente arregló su propia elección para la presidencia y pocos observadores dudaron de que pensaba mantenerse en el poder de por vida. Fue precisamente esa decisión de echar atrás las modestas concesiones de su hermano al pluralismo lo que suscitó tanto resentimiento en la oposición, e incluso en el Partido Liberal, al cual Somoza pertenecía nominalmente. Al mismo tiempo había mucho resentimiento respecto de la tendencia a incrementar los consorcios financieros de la familia a expensas del estado y de otros empresarios menos favorecidos.

Durante el primer período de Tachito se produjo un "boom" de los precios internacionales de las materias primas y también hubo gran disponibilidad de créditos extranjeros, todo lo cual redundó en que parte de la oposición pasó a apoyarlo, incluyendo su fraudulenta "reelección" en 1971. El verdadero punto de ruptura se produjo en 1972, como resultado de un terremoto que devastó la ciudad de Managua. Durante los críticos primeros días de la catástrofe virtualmente se desintegró la disciplina de la Guardia Nacional y las tropas saquearon abiertamente las tiendas y comercios de la ciudad. (Muchos de los bienes sustraídos aparecieron más tarde en el mercado negro, regido por la misma Guardia.) El propio Somoza embolsó millones de dólares enviados por instituciones de ayuda y caridad extranjeras; la asignación de lo que quedó favoreció preferentemente a las familias de los miembros de la Guardia y a los empleados del gobierno. El manejo que hizo el gobierno de la crisis generó nuevos centros de oposición en la Iglesia y en la comunidad empresarial, y en 1974 ó 1975 el régimen había entrado en un período de decadencia del que no volvería a recuperarse.

## Consecuencias

Fue durante esta primera mitad de la presidencia de Tachito que los Estados Unidos parecieron apoyar al régimen con mayor vigor, debido especialmente a la zalamera conducta del embajador Turner Shelton, cuya excesiva identificación con el dictador generó un escándalo en Nicaragua y escarceos de oposición en el Departamento de Estado y dentro de su propia embajada. Desde luego que ya no se podía culpar a muchos nicaragüenses por pensar que Somoza tenía ahora en sus manos un cheque en blanco de los Estados Unidos para hacer lo que deseara, dado que esa fue la inevitable impresión transmitida por el embajador y que el propio Somoza retransmitía a viva voz. Asimismo, los nicaragüenses tampoco fueron informados de la correspondencia diplomática relevante, que contaba otro cuento.<sup>2</sup> Sin embargo, tras el retiro de Shelton en 1975 y su reemplazo por James Theberge, Tachito comenzó a percibir un cambio decidido en los vientos políticos que soplaban desde Washington.

No caben dudas de que Somoza se vio confundido hacia fines de su período por este cambio, especialmente debido a que su conocimiento de los Estados Unidos era distante y atrasado. Si bien se había formado en la nación del norte, su dominio del inglés nunca llegó a ser tan bueno como él creía y tampoco mejoró con el curso del tiempo. Su imagen de los Estados Unidos era, en verdad, tan atrasada como fueron poco representativos del grueso de la corriente de opinión norteamericana los contactos que mantenía allí: verdadero "collage" de los años cuarenta de prelados católicos conservadores, oficiales militares y hombres de negocio ultraderechistas de Texas y Florida, además de un puñado de congresistas, cuyo representante más activo y vociferante fue John Murphy, quien había sido compañero de Somoza en una escuela militar privada de Nueva York y quien está actualmente en prisión, convicto en uno de los bullados casos "Abscam".

A esto se sumaba que los propios diplomáticos y asesores de Somoza en los Estados Unidos eran faltos de realismo y estaban pobremente informados. Su embajador en Washington, Guillermo Sevilla-Sacasa, ocupaba el cargo desde 1943, y —a pesar de ser decano del cuerpo diplomático acreditado en Washington— jamás logró aprender inglés. En cuanto al propio dictador, salvo contadas excepciones, sus visitas a Washington fueron fugaces y generalmente de incógnito. De tal modo nunca fue capaz de apreciar el grado en que se había beneficiado de la beninga negligencia de los norteamerica-

2 Uno de los funcionarios políticos de Shelton, James Cheek, efectivamente utilizó el "canal disidente" del Departamento de Estado para contradeclarar los laudatorios informes sobre el régimen de su jefe. Con el tiempo, Cheek fue condecorado con la Medalla Rivkin de la Asociación del American Foreign Service por su coraje e integridad.

nos así como de su absoluta ignorancia en relación a su país, lo que también explica el pasajero éxito del pequeño "Somoza lobby" en la Cámara de Representantes del Congreso.

Después de su caída, Somoza intentó atribuir el cambio en la política estadounidense a fuerzas siniestras en Washington. En efecto, las instrucciones del presidente Ford al embajador Theberge para que se distanciara deliberadamente del dictador no reflejaban otra cosa que una sobria consciencia de que, desde el terremoto de 1972, había acaecido un vuelco espectacular en la política nicaragüense. La oposición contra el régimen era más amplia que nunca y crecía de modo incesante y en su mayoría no guardaba relación alguna con el entonces diminuto Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN o "Sandinistas"). Más bien incluía a todo elemento respetable que estuviera al margen de la maquinaria somocista, incluyendo a hombres de negocio como Adolfo Calero y clérigos como el Arzobispo de Managua, monseñor Miguel Obando y Bravo. Lo que Somoza nunca comprendió fue el grado hasta el cual tales personas (cuyo dominio del inglés era en ocasiones mejor que el suyo y cuyo conocimiento de la democracia norteamericana era más profundo) eran capaces de llegar por su cuenta hasta el Departamento de Estado y el Congreso norteamericanos.

A partir de 1975, la política de los Estados Unidos apuntó a lograr que Somoza restaurara en alguna medida a las instituciones políticas nicaragüenses a través del diálogo con la oposición y elecciones libres. Cuando se hizo obvio que el dictador no pensaba hacerle, Washington, en conjunción con otros países de la región, comenzó a presionarlo para que renunciara. Todo esto condensa, desde luego, un proceso muy dilatado y muy complejo. Por espacio de tres años, Somoza jugó al gato y al ratón con la oposición y con los Estados Unidos, alentando y enseguida frustrando las esperanzas de una solución pacífica y negociada.

Durante aquellos tensos y difíciles meses, las relaciones entre los Estados Unidos y la oposición de Nicaragua se desgastaron notablemente. La oposición deseaba la salida inmediata de Somoza y al menos en un comienzo no podía comprender cómo los Estados Unidos no lograban esto con mayor celeridad, dado que, en su perspectiva, el régimen dependía absolutamente de Washington para su sola existencia. El Departamento de Estado y la embajada norteamericana en Managua estaban igualmente ansiosos de ver partir a Somoza, al menos después de 1978, aunque también deseaban evitar un vacío que permitiera la toma del poder por los elementos más radicales de la revolución, es decir, por los sandinistas. Este es el motivo por el cual, por ejemplo, todas las proposiciones preliminares de Washington proponían la mantención de la Guardia Nacional bajo una forma u otra. En un comienzo, la oposición compartió en gran medida dichas aprensiones; pero con el transcurso del tiempo, decidió que incluso saltar al vacío era preferible a seguir gobernados por Somoza.

El Departamento de Estado y la Casa Blanca, entretanto, discutían en qué grado era posible o incluso adecuado intervenir en los sucesos nicaragüenses. Esto condujo, en palabras de un ex funcionario de la administración Cárter, a una "parálisis política". Finalmente, las modestas proposiciones políticas de Washington fueron rechazadas por la oposición y también por el Consejo de la OEA, que se había involucrado en el proceso de mediación. Mientras la oposición sucumbía a las rencillas internas y también con Washington, el FSLN cerró filas y proyectó una imagen de coherencia y unidad de propósitos. Después del último intento de mediación, a comienzos de 1979, se hizo obvio que en el caso de la partida de Somoza, los sandinistas pasarían a jugar un papel en el futuro de Nicaragua muy por sobre la representación que en realidad tenían. El propio Fidel Castro reconoció este hecho, y después de haber mantenido una relación en cierto modo platónica con el FSLN durante sus primeros años, comenzó ahora a remitirles embarques masivos de armas.

Irónicamente, era éste justamente el desenvolvimiento de la situación que favorecía el propio Somoza. Al rehusar negociar efectivamente con el grueso de la oposición, con el tiempo la forzó a aliarse con los sandinistas. Esto lo hizo de un modo totalmente deliberado, a fin de confrontar a los Estados Unidos con sólo dos opciones: su mantención en el poder o el advenimiento en Nicaragua de un gobierno dominado por los marxistas. Hacia el final, por supuesto, Somoza estaba convencido de que si ambas opciones quedaban planteadas de un modo tajante, los Estados Unidos se verían forzados a colocarse a su lado. Obviamente, al dictador nunca se le ocurrió que Washington podría optar por interpretar sus propios intereses nacionales de un modo diferente, o que hasta sería incapaz de adoptar siquiera una decisión en uno u otro sentido, perdiendo así lo que le restaba de control sobre los acontecimientos. Vemos, de tal modo, que la fe del propio Somoza en su cuidadosamente cultivada imagen de aliado de Washington puede haber sido el elemento más decisivo en su caída.

## Las Lecciones

Si de algo da prueba la relación de los Estados Unidos con Nicaragua durante el período 1912 a 1979, es que aun cuando Washington lo intentara, fue incapaz de lograr que ese país se condujera como una democracia, incluso en el limitado sentido latinoamericano de la palabra. La intervención podía eliminar los ejércitos privados, pero no la influencia de los militares en la política; podía garantizar elecciones limpias a punta de las bayonetas de los infantes de marina, pero ni un instante ir más allá. Más aún, incluso después de renunciar a su política de intervención, los Estados Unidos fueron responsabilizados de todo acontecimiento adverso que subsecuentemente ocurría en la historia de Nicaragua, simplemente por-

que en cierto momento el país del norte había estado presente en calidad de arbitro de los acontecimientos.

Ambas políticas —la de intervención y la de no-intervención— fueron igualmente frustrantes. La no-intervención terminó predominando por el simple hecho de que era menos onerosa y, en el comienzo, más popular, si no entre la oposición nicaragüense, al menos entre los países latinoamericanos. En años posteriores, los Estados Unidos periódicamente ventilarían su resentimiento hacia los Somoza echando mano a formas más tenues de intervención, aunque sin lograr efectos. Por ejemplo, los embargos a las ventas de armas tendieron en su mayoría a enriquecer a otros proveedores e incluso el voto de la administración Cárter contra el otorgamiento de créditos a Nicaragua por el Banco ínter Americano de Desarrollo —si bien constituyó un golpe psicológico de proporciones mayores— no fue suficiente para lograr que Managua enmendara su rumbo.

El experimento de Nicaragua también demuestra el modo cómo operan enormes asimetrías de poder en el plano político internacional. Debido a que las solas dimensiones físicas y económicas del poder norteamericano eran tan arrolladuras para los nicaragüenses, ellos simplemente no pudieron aceptar la noción de que Washington no poseyera una capacidad igualmente vasta para arreglarles su vida política, y ello a la vista de fracasos probados. Más bien tendieron a considerar todos los eventos de la historia política de Nicaragua como parte de una política consciente, en la que el país del norte siempre obtenía lo que buscaba. Comprensible, aunque desafortunadamente, los nicaragüenses casi siempre dejaron de entender el papel jugado por la inercia y la corriente lenta en la política exterior de las grandes potencias y, mucho menos todavía, el fracaso de la voluntad política, fracaso que se suscitó en más de una oportunidad con el correr de los años, aunque de modo más devastador en las horas finales del régimen somocista.

Fue precisamente en los intersticios de la política norteamericana donde los Somoza hallaron un vital espacio para respirar. Nicaragua era, después de todo, una parcela muy pequeña en el panorama internacional de los Estados Unidos y, en el mejor de los casos, sólo una porción modesta de la energía de política internacional podía ser dedicada a ella. Para los Somoza, por supuesto, fue literalmente el ciento por ciento de sus energías y no veían motivos para colaborar con Washington de modo que considerasen perjudicial para sus propios intereses. Cuando surgían conflictos, simplemente contenían la respiración a la espera de un cambio en el tiempo. En esto tuvieron una fortuna poco habitual. La segunda guerra mundial, el asunto de Guatemala, la revolución cubana, cada uno de estos acontecimientos se suscitó en algún momento crítico de su relación con Washington y, a su vez, cada uno de esos acontecimientos obligó a los Estados Unidos a ceder ante los Somoza. Los motivos norteamericanos no fueron en modo alguno deshonestos. Hitler, después de todo, indudablemente constituía amenaza mayor para la

humanidad que Somoza, aunque ello no pudo prevenir que el impacto de la política total norteamericana hacia Nicaragua fuera percibido como algo negativo por su pueblo.

La suerte de Somoza se agotó finalmente cuando los eventos acaecidos en una pequeña nación asiática a más de diez mil millas de Nicaragua derribaron los puntales morales en que se sostenía la política exterior de los Estados Unidos. Alrededor de 1976 ó 1977 comenzó a imponerse en Washington y en los consejos de su "establishment" de política exterior una moral que ponía sus acentos en "la ética de las manos limpias", llegando, casi, a la exclusión de la "ética de las consecuencias". Se había perdido el pragmatismo gélido que tantas veces había beneficiado a los Somoza en el pasado. Ello no quiere decir que Washington terminara simpatizando con los sandinistas, sino, más bien, que concluyó que la amenaza del marxismo en Nicaragua no era ya suficiente para contrabalancear la brutalidad, la corrupción y, por sobre todo, la absoluta impopularidad del régimen somocista. La administración Cárter cifró hasta últimas horas su esperanza en que a fin de cuentas el FSLN sería empantanado por los elementos moderados una vez que hubiera caído el dictador. Esos elementos eran, después de todo, más numerosos y más ampliamente representativos de las fuerzas políticas efectivas de la sociedad nicaragüense. Fue una esperanza ingenua y, si bien sinceramente sostenida, pobremente no fundamentada: Nicaragua se hallaba en medio de una revolución, no de una carrera presidencial. En ausencia de la aplicación concreta de su poder, los propósitos de Washington siguieron siendo etéreos e irrelevantes en última instancia.

No pueden caber dudas de que todavía hay otras lecciones que aprender a partir de lo ocurrido en Nicaragua y otros historiadores dispondrán del tiempo suficiente para ofrecerlas. Pero cabe anticipar un punto: la historia **no** nos dice —y **no puede** decirnos— cuál fue exactamente el momento en que los Estados Unidos debieran haber cambiado su rumbo político en Nicaragua, aparte de no haber jamás desembarcado a sus infantes de marina, en primer lugar. La intervención de los años veinte generó comprensible resentimiento entre los editorialistas latinoamericanos y también entre los liberales norteamericanos, aunque lo mismo hizo la no-intervención una vez encumbrado Somoza. Washington debiera haber percibido que después de 1936 el régimen de Somoza desplazó a Nicaragua hacia un sistema político cualitativamente diferente, pernicioso incluso si se medía con las normas locales, pero el proceso de consolidación fue lento y a la hora que se hizo totalmente evidente ya arreciaba la segunda guerra mundial.

El Departamento de Estado intentó refrenar a Somoza en la década de los cuarenta, aunque para entonces la dictadura estaba plenamente arraigada y contaba con contactos periodísticos, financieros y políticos en los Estados Unidos. En las décadas de 1950 y 1960 hubo otras prioridades en la región que moderaron el interés

de Washington en un cambio político en Nicaragua, a lo que se sumó que un aislado caso diplomático tornó las cosas todavía peores. Puede argumentarse que el momento más importante para cambiar las cosas desperdiciado por los Estados Unidos fue el asesinato de Somoza padre en 1956. Si Washington hubiese intervenido en ese momento, el régimen no habría logrado extenderse hasta la siguiente generación. Esto habría requerido, no obstante, de bastante más que un embargo de armas o, incluso, de la imposición de un bloqueo económico, y tampoco hay seguridad de que tales medidas hubieran operado. También presupone que tendría que haberse descartado definitivamente el compromiso norteamericano con la no-intervención, por una causa —sea lo que fuese se pensara de Somoza— que ciertamente no era un asunto apremiante para la seguridad norteamericana.

Irónicamente, el tiempo ha dado pruebas de que el espantajo al que tantas veces apuntó Somoza era real. Los hechos han probado que el marxismo, acaso no el comunismo, fue la consecuencia final de su caída. Tal vez no hubiera sido necesario que las cosas se diesen de ese modo y será tarea de los liberales norteamericanos serios, así como de los conservadores sobrios, retrasar el camino que debiera —y más importante todavía, pudiera— haberse tomado. Esto será un ejercicio, sin embargo, en el cual no necesitarán participar los simpatizantes de la nueva dictadura sandinista; ellos lograron lo que anhelaban. Una comprensión acertada del pasado no puede esperarse ni de los apologistas de la actual dictadura ni de los de Somoza. Confíemos, más bien, en aquellos que no han perdido la fe en las capacidades democráticas del pueblo de Nicaragua.

#### Una Nota sobre las Fuentes

Hallaremos un recuento autorizado sobre la política norteamericana hacia América central y el Caribe entre la guerra norteamericano-española y la primera guerra mundial en Dana C. Munro, *Intervention and Dollar Diplomacy in the Caribbeann, 1900-1921* (Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1964). El asunto del reconocimiento de gobiernos revolucionarios y su impacto sobre la política estadounidense es tratado en términos generales por L. Thomas Galloway, *Recognizing Foreign Governments: The Practice of the United States* (Washington D. C.: American Enterprise Institute, 1978). Para América latina en particular Bryce Wood. *The Making of a Good Neighbor Policy* (Nueva York: Columbia University Press, 1961). Las relaciones entre los Estados Unidos y Nicaragua en el período entre 1912 y el advenimiento de Somoza son cuidadosa y detalladamente tratadas por William Kamman, *A Search for Stability: U. S. Diplomacy toward Nicaragua, 1925-33* (Notre Dame, Indiana: University of Notre Dame Press, 1968), por Marvin Goldwert, *The Constabulary in the Dominican Republic and Nicaragua: Progeny and Legacy of U. S. Intervention* (Gainesville, Florida: University

of Florida Press, 1962). También por Neill Macaulay, *The Sandino Affair* (Chicago: Quadrangle Books, 1967). El mejor análisis del régimen de Somoza es de Richard Millet, *Guardians of the Dynasty: A History of the U. S. Created National Guard and the Somoza Family* (Maryknoll, N. Y.: Orbis Books, 1977). El lector podrá hallar que las conclusiones de Millet no calzan en absoluto con sus pruebas, que son autorizadas y exhaustivas. Somoza ofrece una interesante visión de su personalidad en su autobiografía póstuma, *Nicaragua Betrayed* (Belmont, Mass.: Western Islands, 1980), libro que convencerá a pocos. Casi tan malo, aunque desde otro punto de vista, es el libro *Somoza*, de Bernard Diedrich (Nueva York: Viking Press, 1980). El artículo de Richard Fagen citado al comienzo se titula "Dateline Nicaragua: The End of the Affair", y fue publicado en el número 36 (otoño 1979) de *Foreign Policy*.